

UNA BREVE INTRODUCCIÓN...

A comienzos de octubre de 2023, Librería Roleón acogió un encuentro literario que, a buen seguro, cambió un poco la vida de los que allí nos reunimos. Mi nombre es F. Javier Castro Miranda, y admito que era la primera vez que asistía como profesor a un curso de creación literaria y desconocía, ciertamente, lo que podía depararme. Con igual ganas de aprender que de enseñar, poco a poco nos fuimos percatando de que cada sábado que nos reuníamos la magia de la literatura hacía crecer en nosotros un vínculo que terminó en una bonita amistad llena de anécdotas, curiosidades y sorpresas literarias. Fruto de esas ocho preciosas semanas, entre todos decidimos la creación de este Fanzine que hoy sostienes en las manos junto a la promesa de dar vida a un club de lectura que próximamente (si no lo está ya) comenzará su andadura en la misma sede de esta “mágica” librería regentada por Ester y Antonio, dos personas formidables de esas con las que la vida te premia muy de vez en cuando.

Dicho esto, os dejo con solo unos pequeños detalles de algunos trabajos realizados durante las diferentes prácticas, por un grupo que venía a “probar” y que me sorprendió desde el primer momento por todo lo bonito que cada uno interiorizaba y que, gracias al poder de las palabras, iba sacando poco a poco a la luz.

“Pasen, pasen y lean”, como diría cualquier personaje parido de la mente del gran Félix J. Palma, autor, junto con otros, que estuvo muy presente con sus obras durante nuestra andadura. Disfruten de la magia de las letras...

Los integrantes del curso fueron: Margarita Rincón, Manuel Hernández, Ester Rasero (Ester), María Brea (Rocío), Jesús Bernal, Ana Daza, Virginia Vélez y Miguel.

F. Javier Castro Miranda

Dentro de cada clase del curso, además de un reto “rápido”, se invitaba a los participantes a llevar a cabo una especie de tarea semanal. Con la primera, bajo la premisa de comenzar un pequeño texto con las palabras “Acabo de tomar una pastilla...”, se intentó despertar en ellos algo tan importante como el proceso imaginativo. ¡Y vaya si salieron grandes cosas! Aquí podéis disfrutar de una ligera muestra...

Vaya por delante advertir, antes de empezar a disfrutar, que los diferentes textos que conforman este fanzine han sido corregidos, pero admito que apenas tuve que retocar algunos mínimos detalles. Todo el mérito es de ellos: personas con una creatividad y genialidad fuera de toda duda...



LA PASTILLA

“Acabo de tomar la pastilla con un pequeño vaso de agua e intento no pensar en los efectos que pueda producirme. Anoto mis sensaciones. Han transcurrido quince minutos y ya siento un ligero entumecimiento. Los dedos se van llenando de pelillos, las uñas se engrosan y crecen hasta formar una garra... Mi cuello se ha ensanchado... Intento pedir auxilio y solo puedo emitir gruñidos. Me asomo al espejo y compruebo con horror que no soy yo, veo una fiera: en la que me he convertido.



Justo en ese momento, oigo girar la llave en la puerta y abro los ojos. He recuperado la conciencia, me había quedado dormida. Siento mis manos, mis dedos sin pelos... Me dirijo entonces al espejo, que me devuelve mi reflejo, el de siempre, confirmando mi identidad. La pastilla solo me causó cansancio y un terrible sueño, el resto fue solo un producto de mi imaginación”.

MARGA RINCÓN

“Acabo de tomar la pastilla con un pequeño vaso de agua. Expectativas altas, a ver si se va esta migraña de una vez por todas. 15 minutos y todo igual. 45 minutos, juraría que la puerta de la calle no estaba antes abierta. La cierro. 54 minutos... Y un pato entra caminando alegremente en el salón. Se sienta en el sofá. 1 hora y 17 minutos... Y voy ganando la reñida partida de chinchón que estoy jugando contra el pato. 2 Horas y 41 minutos... Despido al pato, que no quiere quedarse a comer, tras una animada charla sobre la vida, las plumas y los lagos. 15 horas después de la toma, y tras haber dormido profundamente, comprendo que he tenido alucinaciones... Si no tengo baraja de cartas en casa... ¿a qué jugué con ese pato tan amable?”.



MANUEL HERNÁNDEZ



“Acabo de tomar la pastilla con un pequeño vaso de agua. Un dolor punzante en la cabeza llega sin avisar. Me cosquillean los dedos de las manos y estoy temblando. No puedo respirar. Me duele hacerlo. Cansada, las piernas me fallan y caigo al suelo. Comienzo a hiperventilar; me estoy ahogando. La vista se me torna borrosa, escucho voces lejanas... y cierro los ojos”.

ANA DAZA

Como nueva práctica, se lanzó la idea de narrar una anécdota... ¡Y vaya si la cosa funcionó!

Aún recuerdo aquella soleada, podría decirse mejor asfixiante, tarde de verano en la que hace unos años me gané el mote de “mente fría”.
—¡Entra en el coche! —me obligó mi hermana, junto a dos amigos, a ocupar asiento para asistir a una espléndida búsqueda de muebles de Ikea. (Nótese mi entusiasmo).

Mi maravillosa velada de “viciar” a videojuegos bajo el aire acondicionado se vio truncada por su carisma e insistencia.

—¿En serio? ¿A las tres de la tarde? —resoplé en mitad de la calle limpiándome el sudor de la frente con el reverso de la mano.

Ella me miró como si nada.

—¿No hay mejor hora, no? —protesté en tono molesto mientras subí al coche refunfuñando. Su sonrisa triunfal me resultó molesta, la tía sabía que había ganado incluso antes de preguntar.

El viaje en coche estuvo animado entre charla y charla, aunque a decir verdad, yo no acabé de integrarme en la conversación.

—Ya queda menos—pensé tratando de animarme debido al dolor de cabeza provocado por las altas temperaturas y el jaleo ambiental.

Conforme nos acercamos a la salida de la ciudad por el único puente de acceso a la misma, el vehículo empezó a emitir horribles ruidos cual manada de orcos de Mordor. Ante tal escena, nos miramos unos a otros y observamos que la conductora, mi hermana, estaba aún más inquieta que sus pasajeros.

—Debe de ser por el calor, también le costó arrancar más de lo normal—apuntó.

—Le está costando vivir en general —atiné a indicarle.

En ese momento, el coche se paró en seco dejándonos en medio del exclusivo carril de salida. En cuestión de segundos, los acompañantes se volvieron neuróticos. Mi hermana trató de arrancar, una vez tras otra de

manera compulsiva, hasta que empezó a salir un extraño humo que desató el pánico. El resto de coches, que no eran pocos, colocados irremediablemente en fila tras nosotros, comenzaron a pitar como si no existiera un mañana. En efecto, nos encontrábamos taponando la única vía de salida de toda la ciudad, cosa que no parecía gustarles al resto de personas que asistían al suceso.

Yo, sorprendentemente, sin ningún tipo de experiencia en coches, conducción, carretera ni sucedáneos, decidí mantener la calma, procedí a colocarme el chaleco de seguridad y seguir el “supuesto” procedimiento esperado en aquel tipo de situaciones mientras mis colegas gritaban entre ellos sin que ni siquiera recuerde que entendiese nada de lo que decían.

Cuando salí a colocar los triángulos de seguridad, la gente comenzó a increparme, como si a mí me apeteciera estar allí, parada a pleno sol, sin aire acondicionado y con toda la atención centrada en mi persona a esas alturas de la vida. Para mi sorpresa, una mujer descendió de uno de los coches de la fila, resultó ser una amiga de la familia que se puso a hablar con los de nuestro coche intentando calmarles.

De forma inesperada, aparecieron varios policías en moto. No supe si eso iba a ser bueno o todo lo contrario. Mi hermana trató de explicarles la situación, pero con los nervios se le trababa la lengua, así que no me quedó otra que encargarme yo mientras ella contactaba con el seguro del coche. La policía, comprensiva a más no poder, reanudó el tráfico por el carril contiguo pero nos comentó que debíamos “sacar” el coche de allí.

—¿Sacar el coche? ¿Pero cómo vamos a hacerlo si no arranca, agente? — pregunté estresada.

—Pues empujando— respondió encogiéndose de hombros e indicándonos posteriormente, con gestos, lo que debíamos hacer. Bueno, “debíamos”, porque al final la que terminó empujando el coche sola fui yo, con ayuda del policía, ya que el resto se “escaqueó de lo lindo”.



—Genial, migraña en aumento—reflexioné—. Entre el bochorno del asfalto creando ríos de sudor por mi cuerpo, el olor penetrante a gasolina mezclado con el aceite de los coches y el “numerito” este...

Aunque mareada por el sobreesfuerzo, conseguimos alcanzar la entrada del puente y colocar el coche a un lado sin que molestase.

—Va a venir la grúa, no os agobiéis—comentó mi hermana, al fin, dando una buena noticia—, dicen que está cerca.

—Menos mal—respondí.

—Pues nosotros nos vamos—apuntó el policía de porte más serio que se despidió de nosotros volviendo a su vehículo que cortaba el paso a nuestro recorrido.

Transcurrieron varios minutos hasta que apareció la grúa. Le hicimos señas agitando los brazos al aire, tontos a tope, como si no resultase evidente que éramos los únicos varados allí.

—Muy buenas—se presentó el gruista a la dueña del coche.

—Muy buenas serán para ti —pensé por lo bajo con el mínimo humor que podía tener en aquel momento.

Después de intercambiar datos y supongo que otras gestiones, se acercaron.

—Emmm... tengo una mala noticia—la boca de mi hermana se torció mientras se puso a jugar con las pulseras de su muñeca. Eso siempre entendí que era una mala señal. —El de asistencia dice que solo puede llevar a uno en la grúa...así que tendréis que volveros solos...

Y hasta aquí cuento mi patética historia. He preferido saltarme algunos detalles innecesarios sobre todo en torno a las cosas que tuve que hacer en menos de media hora para, al final, acabar abandonada en la cuneta.

VIRGINIA VÉLEZ.



En la mañana del 6 de enero de cualquier año, me encontraba preparando las mesas para el almuerzo en un comedor de una residencia de mayores. Mientras tanto, pude ver cómo uno de SS.MM los Reyes Magos deambulaba por los pasillos cruzándose y saludando a las personas que habitaban el lugar. Uno de los octogenarios, muy engalanado por el día importante que era, agarrando su sombrero verde aceituna, totalmente a juego con su traje de chaqueta, le saludó con un amable “Buenos días”, a lo que una de sus majestades, mirándole fijamente, le devolvió el saludo añadiendo su nombre. No había terminado de colocarse el sombrero, cuando el hombre se quedó plantado frente a él, con la vista puesta en los ojos de su alteza, en este caso Melchor, al cuál le preguntó.

—¿Usted me conoce? — pronunció con una satisfacción que parecía superarle y que le dejó escapar una leve sonrisa.

—Por supuesto —le contestó el Rey—. Le he estado observando toda su vida y usted lo sabe.

El hombre no podía disimular lo que sentía, los ojos le brillaban y su rostro resplandecía mientras sus manos jugueteaban nerviosas entre ellas. Por un momento supongo que pensó que jamás en aquel lugar, recibiría una visita y menos de alguien tan importante en la vida de todos.

Aseguro que él no supo contar qué regalo les habían traído, pero su cara ese día no perdió la sonrisa ni ese esplendor de inocencia que le duró largo tiempo. Por supuesto que no le contó a nadie la conversación que tuvo en los pasillos aquel día y que le devolvió la alegría que creyó perdida.

MARÍA BREA



El sonido de su móvil resonó por la habitación dando a entender que le había llegado un mensaje. Lo miró alegre, pero rápidamente se le borró la sonrisa que adornaba su cara. El mundo se le vino encima. Sintió cómo se le aguaban los ojos y le temblaba el labio inferior. “Esto es una mierda”, es lo primero que se le pasó por la cabeza.

Se había pasado la vida enamorado de la idea de enamorarse cuando en verdad todo aquello era solo una mentira. Entendió que el amor era como una rosa, algo bonito de lejos pero que, si te acercas pincha y duele; que los libros que tanto le gustaba leer eran todo mentira: una simple fantasía, un deseo lejano al que no muchos tenían el placer de cumplir. En ese momento se prometió no volverse a enamorar, que no iba a exponerse de nuevo a tal dolor y que prefería no sentir. Prefirió no ser débil.

ANA DAZA



Hoy está lloviendo. Es festivo. Puedo estar en casa disfrutando de la compañía de mi inseparable amigo Tristán. Mi fiel compañero es un labrador de color canela, de extraordinaria nobleza, con unos ojos que, en apariencia, pueden parecer tristes pero que me alegran cada día de mi vida, especialmente cuando regreso a casa después de un duro día de trabajo. ¡Cómo disfruto estos días lluviosos! Encierran algo de mágico y cautivador, tengo la impresión de que el tiempo se ha parado. Me siento protegida en casa, nada malo puede sucederme. Es una sensación de protección frente a todo lo externo.

¡Por fin! Puedo hacer una pausa en mi acelerada vida. Me coloco delante de mi escritorio, tomo un lápiz, folios y comienzo a escribir todo lo que pasa por mi mente. Lo voy plasmando en el papel, experimentando la ansiada tranquilidad, la paz, la amistad de Tristán. ¿Qué más puedo pedir? Esto debe ser lo que llaman felicidad. Solo oigo el sonido de la lluvia cayendo cada vez con mayor intensidad. Sé que nadie leerá lo que he escrito pero necesito describir mis emociones, aquellas que me inspira un día como este.

Marga Rincón



Hoy está lloviendo. La sangre desprendida del cuerpo mutilado que yace sin vida frente a mis pies, se entremezcla con el agua de la lluvia. El espectáculo resulta escabroso. Están claros los indicios de forcejeo en la víctima porque se hallan múltiples hematomas.

Otra más, me digo en voz alta mientras enciendo un cigarrillo. Hace rato que he llamado a mis compañeros de la científica. Espero que vengan pronto para recabar pruebas, de lo contrario me temo que vamos a ir dos pasos por detrás de este puto asesino fetichista que le rasura el vello púbico a las víctimas para guardarlos como trofeo.

Se oyen sirenas, ya vienen. Menos mal, porque estoy harto de este puto trabajo. Veo monstruos constantemente que me atormentan a cada jornada, incluso en días como este parecen deambular con más frecuencia... siempre percibo una siniestra sonrisa dibujada entre la espesa lluvia.

He puesto al día a mis compañeros, el jefe me aconseja tomarme un descanso, dice que se me ve cansado. Por fin puedo marcharme. Introduzco las manos en los huecos de mi gabardina y me despido de mis compañeros mientras acaricio los pelos que hay dentro de los bolsillos.

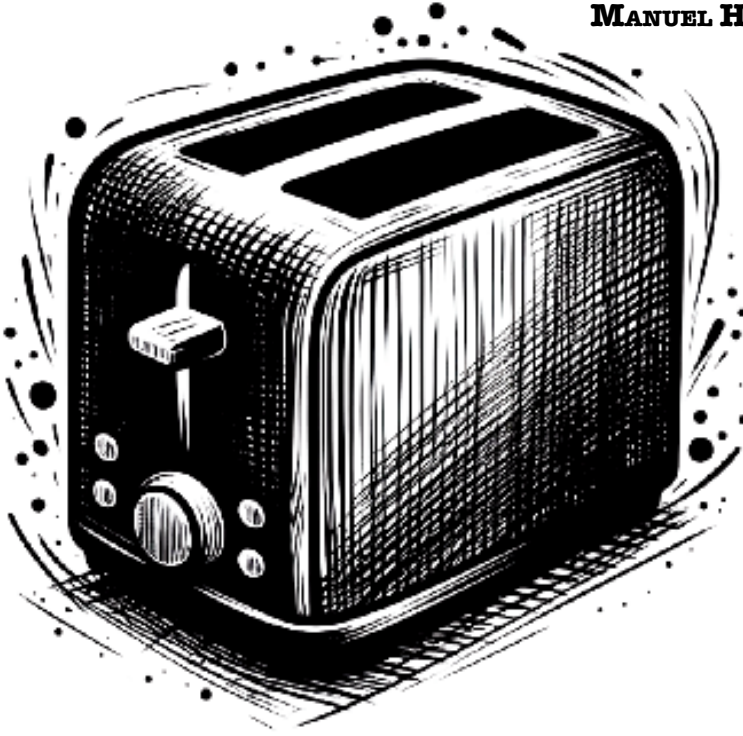


ESTER RASERO

El siguiente relato corto fue fruto de uno de los muchos ejercicios que realizamos en clase. Algo que debía ser improvisado. Hablé al principio que no era muy adecuado narrar sobre algo anodino, a no ser que se tratase de un detalle fuera de lo corriente. Puse de ejemplo el hablar de un tostador. Algo que supuse que no sería muy importante o no me causaría curiosidad. ¿Que no? Ahí llegó Manuel, en veinte segundos, y me hizo caer en mi grave error.

La tostadora estaba en el centro de la mesa. Era muy común. Plateada, con dos hendiduras para el pan en la parte superior y los dos típicos diales de control en la base de un lateral: el selector de potencia y el del teletransporte.

MANUEL HERNÁNDEZ



Estos otros nacieron bajo la premisa de “Al abrir la puerta”. A partir de ahí la imaginación volvió a fluir...

Al abrir la puerta su vida cambió de repente. Una luz la cegó y, al mismo tiempo, le abrió los ojos como nunca antes le había pasado. Un momento revelador, el momento que todo el mundo teme. No sentía dolor en su pecho como llevaba sintiendo meses atrás. La angustia le había abandonado al fin. Una enorme paz invadía su cuerpo como si flotara. Se sentía ligera como si todas las preocupaciones hubiesen desaparecido de una amable y gentil sacudida. No había más lágrimas que derramar ni más problemas que solucionar. Dio un paso al frente, decidida. Y la carga que la había acompañado durante años se desvaneció. Fue entonces cuando lo supo. Su vida había acabado.

VIRGINIA VÉLEZ

Al abrir la puerta su vida cambió de repente. Podía sentir cómo su corazón intentaba escapar de su pecho. El frío del ambiente no conseguía calar en la armadura de fuego que parecía haberse mágicamente materializado a su alrededor. No lo podía creer. Tantas habían sido las plegarias durante años que la situación se le antojaba surrealista. Casi imposible.

Se frotó los ojos en un último intento de comprobar que no estaba dormida. Tras no conseguir despertar, salió corriendo hacia aquella bola de pelo que sería su mejor amigo durante casi dos décadas.

JESÚS BERNAL

Al abrir la puerta su vida cambió de repente. Entraba en un mundo nuevo y desconocido. No pudo callar.


—¡Qué bonito!—su dulce voz lo expresó así.

—Entra y calla— le dijeron por detrás.

De esta forma empezaron sus primeros pasos en aquel lugar tan grande y de muchos colores, animales y cosas que no sabía definir. Gatos que hablan y caminaban a dos patas, ratitas presumidas, un barco que volaba junto a niños que se dirigían a la segunda estrella a la derecha para secuestrar a otros niños...

—¡Ahhhh!—gritó al darse cuenta del mundo mágico que encierran los libros...

MARÍA BREA



Hoy está lloviendo. Otra vez. Tengo los músculos entumecidos de achicar agua. Otra vez. ¿Quién habría dicho que el agua era a la vez sustento y verdugo del marinero? Ya lejos quedó el olor a césped cortado

do cubierto de rocío. Ahora la lluvia sólo me huele a muerte, pesadumbre e infinitas horas de trabajos forzados dentro de este cascarón que es más cárcel que refugio.

JESÚS BERNAL

Ayer se miró en el espejo y comprobó cómo el paso de los años había hecho mella en su reflejo. El ritmo de vida acelerado se dibujaba en su cuerpo con pequeñas pinceladas. Había perdido cantidad de cabello, las ojeras en su cara eran surcos coloreados de gris, los músculos que antaño definían su anatomía había desaparecido para dar paso a la grasa corporal.

Se podía entrever la escasa actividad física y la mala alimentación. El estrés de la vida diaria no le había concedido tiempo para em-plearlo en sí misma.

Algunas canas asomaban en su castaño cabello junto a algunas verrugas en la piel, heredadas de su madre, al igual que las arrugas en la frente y otras partes de la cara, sobre todo al sonreír.

Pero había algo que siempre se decía ante el espejo, y era que sus ojos nunca cambiarían, que siempre expresarían lo que sentía y que en esos momentos ella se contraba feliz por todo lo logrado en treinta y siete años; por todas las dificultades que había superado, por lo aprendido y perdonado, por ver la vida desde otra perspectiva y, sobre todo, por haber dado a luz a lo más maravilloso de su existencia.

Poco a poco, y con mucho esfuerzo, sabía que había logrado lo que se había propuesto. Así era Ester, una chica luchadora y persistente que se crecía ante las adversidades y que ni la grasa corporal, ni sus ojos cansados ni el estrés, iban a frenarla en lo que siempre había soñado.



ESTER RASERO

A pesar de los cientos de veces que había observado el mismo fenómeno, esta etapa final del ciclo de lavado siempre le dejaba hipnotizado, algo así como si fuera un hombre de hace diez mil años contemplando una cálida y protectora fogata en el interior de su refugio.

Su mente analítica pensaba en los fenómenos físicos que allí se estaban produciendo: el giro a mil revoluciones por minuto del tambor, confería al agua presente en la ropa la inercia necesaria para desprenderse de los tejidos. Pensó en lo fácil que sería si uno pudiera hacer lo mismo con sus problemas: meterse en una lavadora gigante, girar a velocidades angulares suficientes, y salir renovado. Dejar atrás toda la suciedad de la vida. Luego, se podría permanecer unas horas tendido al sol y que sus cálidos y desinfectantes rayos hicieran el resto.

El ruido del relé mecánico de desbloqueo de la puerta le trajo de vuelta a la realidad. Abrió el tambor, sacó la ropa ligeramente humedecida del interior y se dispuso a repetir esa obra maestra, medio artística medio arquitectónica, que supone disponer las prendas en el tendedero en el orden preceptivo.



MANUEL HERNÁNDEZ

La madera de la estructura que ahora se levantaba ante él había visto tiempos mejores. Sus desvencijados tablones eran testigos impasibles del pasar de decenas, tal vez cientos, de personas.

Una turba distraída ponía sin pretenderlo la melodía a esa pintoresca escena. Un murmullo uniforme era la antesala de uno que sería veladamente más emocionado cuando lo vieran aparecer.

El sol proyectaba en el suelo unas sombras alargadas que indicaban que caería pronto la noche. “Mejor”, se dijo. Nunca le había gustado mucho el astro rey. Junto a esos pensamientos, otros razonamientos triviales bombardearon su atención mientras caminaba hacia el cadalso.

Pensó que era curioso que solo pensase nimiedades en un momento así. Pensó que, tal vez, ya hacía tiempo que estaba muerto.

JESÚS BERNAL



Hacía tiempo que os quería contar lo que me ocurrió con mi amiga Sara hace unos años. Al principio pensé que se trató de algún problema transitorio mental causado por el estrés momentáneo pero, a medida que os hable más sobre ella, se podría deducir que quizás las casualidades no son más que situaciones elegidas al azar por alguien o algo que aún desconocemos.

Corría el mes de enero del 2000 cuando sonó el timbre de la puerta. Tenía las manos manchadas de espuma de un fregado aún por terminar, así que mientras me las secaba con el primer paño que encontré, el timbre volvió a sonar, esta vez con mayor insistencia. Reconozco que farfullé en voz baja para que no se me oyera.

Cuando abrí la puerta me topé con una mujer de cara pálida y desencajada. Llevaba el pelo enmarañado, por lo que apenas pude apreciar su rostro al completo. Su cuerpo se suponía escuálido bajo unas vestimentas mugrientas y rotas, detalle que alimentaba la impresión de que residía en la calle.

—Nati, ¿eres tú? —me preguntó mientras dirigía sus manos blancas y alargadas hacia mí.

—Sí, soy yo, ¿quién me busca? —contesté con tono chulesco, intentando aparentar que no me asustaba, aunque en realidad era todo lo contrario.

—Nati, soy yo, Sara —pronunció mientras sus dedos tocaron uno de mis hombros.

De un respingo me aparté y retrocedí.

—¿Sara? —me interesé perpleja mientras le apartaba los pelos de la cara para poder verla mejor.

Sara fue mi mejor amiga en la universidad. Habíamos compartido muchas cosas, nos contábamos todo. Incluso ahora, que estoy contando esto, admito que también fue mi amante. Éramos inseparables, almas libres y sin ataduras. Sencillas y naturales, justicieras e indomables. Pero como ocurre en el reino animal, en una pareja siempre existe una dominante, una hembra alfa que toma las decisiones difíciles, y Sara, sin duda, cubría ese rol sin ningún esfuerzo.

Sorprendida, la invité a entrar en casa y ella, con inenarrable fragilidad se apoyó en mí. Caminaba despacio y, mientras lloraba, la acompañé a sentarse en el sofá. La dejé allí sentada al tiempo que fui a prepararle un chocolate caliente, tal como recordé que le gustaba: espeso y sin grumos. Mientras lo hacía,ladeaba la cabeza para no perderla de vista un segundo. Sentí una extraña mezcla de compasión y pena. Estaba claro que algo no iba bien, ya que a Sara nunca se le hubiese ocurrido salir de ese modo a la calle.



Cuando terminé me aproximé a ella y le ofrecí la taza de chocolate. Ella, con un imperceptible movimiento de labios, intentó sonreír y, de repente, desapareció. Sí, parece que lo que cuento podría extraerse de una película de terror o de una mente desequilibrada, pero os juro, por lo más valioso que tengo, que no solo en menos de una milésima de segundo se desvaneció ante mis ojos, sino que en el lugar en el que ella estaba sentada, ahora aparecía una gran mancha de chocolate, aún humeante, y una taza volcada.

ESTER RASERO

Desde que se colocó aquella máscara lo supo: nada podía ahora interponerse en su destino. Había aún algunos obstáculos que salvar, pero serían insignificantes ante su recién adquirida confianza.

Sin tiempo que perder, dejando volar su capa, atravesó velozmente el salón para asir una silla. Su menudo cuerpo dificultaba la tarea. Pero arrastrar aquella silla de caoba era, probablemente, difícil para cualquier otro superhéroe.

Ajeno al oído de su madre, su plan seguía desarrollándose. Ya casi todo estaba listo: su traje de superhéroe, su máscara y Steve, su peluche; silencioso amigo y compañero de aventuras.

Estando ya todo dispuesto, se encaramó a la silla. La visión de la calle decorada con luces navideñas sólo lo hicieron entusiasmarse más. ¡Iba a ser fantástico! Sin dejarse amedrentar por los cuatro pisos de caída, saltó.

Los segundos pasaron lentos y, aunque el suelo se acercase rápido, no dudó un momento de los poderes de su traje. Mientras caía, pudo escuchar unos gritos ahogados en la calle que no consiguió entender. Pero pronto se olvidó de ellos fascinado por todo lo que veía mientras sobrevolaba su calle.

JESÚS BERNAL



Este relato de Manuel fue de lo más especial, ya que resultó verdaderamente entrañable por el singular significado que guardaba para todos los que formamos este curso. No podía dejar pasar la ocasión de elegirlo para cerrar este capítulo de grandes relatos...

En una pequeña librería, hay un pote. Hay que mirar a la unión de las paredes con el techo para verlo. Seguro que para muchos pasa desapercibido. Es una de las plantas más comunes de la región, una de esas que, aparentemente, no destaca por nada. Y nada más lejos de la realidad.

Obsérvese la clara evolución que ha experimentado en estas últimas semanas, durante las que ha disfrutado de una selecta variedad de abonos y esmerados cuidados. Se ha pulverizado sobre sus hojas una adecuada mezcla de sabiduría y ternura que sólo puede adquirirse exprimiendo canas mezcladas con arrugas de la risa. La tierra de su tiesto ha sido removida y oxigenada con el insultante frescor y el descaro de la más tierna juventud. Sus ramas son guiadas por unos robustos soportes hechos con valentía y del coraje de mostrarse como uno es, de contar lo que uno fue, y de soñar con lo que uno será. Se aprecia el lustre, el porte elegante, la delicadeza de los trazos que forma la planta al extenderse, como si en lugar de clorofila fueran las más bellas metáforas las que recorrieran sus nervios.

Se nota la experta mano del jardinero que, cual director de orquesta, ha sabido dosificar en su justa medida; espoleando por aquí, recortando por allá, para que todo luzca con armonía.

Pero, por supuesto, ni la mejor semilla llega a nada sin luz. Hace falta un sol para el germen inicial; un sol que no se debilite y que siempre esté ahí para iluminar, para dar calor, para que nunca falte la energía de esa pequeña librería. Al pote le queda poco trecho por crecer para rodear el perímetro completo de la estancia. Nada que no pueda conseguirse con los cuidados adecuados...



MANUEL HERNÁNDEZ

No podría terminar este “conglomerado” de geniales trabajos y sueños literarios sin exponer lo que ha supuesto para mí el haber tenido la suerte de “guiar” a estas preciosas personas a conocer algo más de un mundo literario que si ya me gustaba, gracias a ellos, se ha hecho aún más apasionante. Descubrir sus distintas cualidades, sus variopintas formas de pensar, sus diferencias al exponer cada asunto supusieron un verdadero festín que íbamos disfrutando a cada paso. Distintas generaciones se abrazaban bajo ese poto de Librería Roleón, que bien homenajeó Manuel, unidas por la magia y el poder de las palabras que iban tomando forma para hacernos disfrutar y aprender.

Ocho semanas duró nuestro viaje y todo pasó en un abrir y cerrar de ojos esperando cada reunión de cada sábado en el que, como Peter Pan, asíamos nuestro bolígrafo en forma de espada y echábamos a volar con imaginación y esas musas que venían a abrazarnos entre anécdotas, risas y estanterías cargadas de libros de ciencia ficción y juegos de rol.

Dicho esto, el último día, tuve el placer de leerles y dedicarles un pequeño relato, a modo de resumen, sobre lo que nos había acontecido. Aquí lo dejo para que quede constancia...

UN CURSO A LO VERANO AZUL...

Recuerdo cuando Ester y yo nos conocimos por mediación de Rocío, gran lectora, vecina y amiga del cercano, precioso y a la vez tan enigmático y desconocido Río San Pedro. En breve, llegó por parte de Ester una propuesta que, en principio, no oculto que fuese ilusionante, pero que sembró en mí ligeras dudas, sobre todo por la cercanía del evento, la falta de tiempo y el hecho de que nunca había afrontado algo parecido en torno a la literatura.

Admito que, como el protagonista de la obra de Isaac Rosa, tuve que lidiar contra ese “yo” miedoso que, en no pocas ocasiones, nos impide lanzarnos a la piscina para llevar a cabo algo que nos saque de nuestra zona acomodada. Así que, como Jim Carrey en su magnífica película “Dí que sí”, opté por aceptar el reto y me puse a ello con grandes dosis de empeño e ilusión.

Y es que confeccionar unos apuntes desde cero, diseñar las clases entre tanto material e intentar cohesionar un grupo con una notable amplitud de edad y pensamiento, constituía todo un reto. No obstante, y eso suponía una razón de peso, pensé que la simple experiencia de intentarlo me serviría para seguir aprendiendo como persona. Como un paso más en la vida que, a buen seguro, terminaría agradeciendo de algún modo. Lo que jamás pude imaginar, ni en mis más escondidas sospechas, es que las expectativas se iban a superar hasta niveles que traspasan la estratosfera.

El primer día se tradujo en esa toma de contacto en la que cada uno duda un poco de todo, ante todo y, sobre todo (valga aquí la redundancia) por no disponer directamente de eso que ahora llaman “feedback” y que, por otra parte, hubiera contribuido a disipar un poco mi inseguridad.

De un modo inconsciente, reconozco que asimilé ese primer encuentro con el argumento de la añeja, querida y mítica serie “Verano azul”, de la

que en alguna ocasión hemos hablado en este pequeño gran círculo literario. En ella, una pandilla de chavales desconocidos compartían dos meses de vacaciones en un pueblo de Málaga. La diferencia es que los paseos en bicicleta de aquel entrañable grupo se han sustituido por charlas sobre autores, libros, consejos, anécdotas o distintas maneras de ver la vida a la hora de escribir.

Nuestra querida Marga suponía todo un reto al reconocer abiertamente que “no le gustaba leer”, sin embargo, poco a poco, se ha ido enamorando y acercando a un mundo diferente que ahora quizás le atrape para siempre. Además, por si fuera poco, ha sido una de las más “currantes” a la hora de terminar las tareas semanales. Bravo por ella.

Rocío, con una novela ya en la recámara, se ha descubierto como una narradora de lujo. Esa escritora capaz de conducirnos a su mundo de vivas descripciones que nos captura para caer en historias de las que siempre quedará la duda de si son reales o parte de su genial inventiva.

Ester, la precursora de todo esto, es un cúmulo de buenas ideas, pasión e ímpetu de superación. Su energía nos traspasa y nos hace soñar con proyectos por los que lucha día tras día. A todos nos ha quedado claro que, sin su presencia, estos encuentros tan “mágicos” no hubieran tenido el mismo sentido.

Jesús es el dueño y señor de ese reino de fantasía con el que la mayoría hemos soñado alguna vez y en el cual deseáramos sumergirnos para experimentar las mayores aventuras. Su imaginación y su conocimiento del mundo de la fantasía resulta poco menos que prodigioso, a la vez que sorprendente en cada una de sus intervenciones. Un maestro del relato. Sin duda.

Virginia, por su parte, es sentimiento hecho letra. Pasión en palabras y dotada de una destreza que la capacita para hacernos pasar un buen rato a un lado de la carretera bajo el fuerte sol de la tarde y con la compañía de la Guardia Civil.

Manuel es el mago de la literatura y las ideas imposibles. Es ese prestidigitador que sorprende al público sacando un conejo verde de una simple boina y se queda tan tranquilo mientras le miramos con la boca

abierta. Admito que las miradas que lanzo al tostador que descansa en mi cocina por las mañanas ya no son las mismas. Lo juro.

Ana es punto y aparte. Conformo ese joven diamante que brilla y nos da esperanzas respecto al precioso mundo que podría estar por venir, a pesar de lo que otros nos quieran hacer ver. Narra el amor y los sentimientos de tal modo que se te acelera el pulso, y mira que aún tiene muchísimo recorrido por delante para que la vida le sorprenda, la complete, le de forma y nos haga disfrutar todavía más desde su impresionante y fresca perspectiva.

Miguel estuvo ahí al principio, y le admiro por permanecer fiel a sus ideas. Ojalá su mente y corazón de guerrero de fantasía y mundos oscuros le guíen hacia sus objetivos y algún literato inglés se tope en su camino para regalarle esos consejos que él buscaba y que yo, humildemente no podía ofrecerle en este curso.

Y así, a primeros de octubre, con este conjunto de personas maravillosas y desconocidas, iniciamos juntos esta singular travesía literaria. Paso a paso, con Antonio como incansable oyente “involuntario” que seguía las clases desde su lugar en un mostrador de fantasía del Reino de Roleón. Clase a clase, hora a hora, me fui sintiendo como Jaume Delafont salvando los desafíos del destino, sin los temores de Carlos en su “País del miedo” y con las ganas de descubrir las destrezas de cada participante cuál Martín Somarriba en “El Ritual”.

Muchos, cada semana, visitan el gimnasio a fin de cuidar sus cuerpos, cosa que no está nada mal. Nosotros acudimos a Roleón a desarrollar nuestras mentes, nuestros ingenios... a aprender juntos del mismo modo en el que Erika lo hacía con Fran antes de darle su inestimable abrazo. Como lo hacían los chicos de la ya renombrada serie Verano Azul o el protagonista de la obra de Félix Palma con esa “Hormiga que quiso ser astronauta”. “1984” no pudo faltar, como tampoco “El Gran Gatsby”, del que hemos hablado junto a otras muchas obras y autores que decidimos nombrar de pasada por falta de tiempo pero que, sin duda, nos han proporcionado algunas ideas para contemplar la vida de otro modo.

Atrás quedó la suerte de Moussambani o las grandes palabras de Robin Williams en su “Club de los Poetas Muertos”. Las semanas transcu-

rrieron como ese agua que resbala entre las manos en una fina lluvia de otoño que nunca llegó en realidad. Todo fue pasando y ese, nuestro Verano Azul, pintaba ya en el último encuentro; como en aquel capítulo final en el que la estación estival decía adiós mientras sonaba la melodía del antológico Dúo Dinámico, los chicos se iban despidiendo marchando con sus familias cada uno por su lado y Julia quedaba en el pueblo huérfana de aquellos días que ya no volverían jamás.

Ocho semanas han conformado nuestro Verano Azul de las letras y algo nos ha unido para siempre. Esa es la lección que me llevo. Gracias a las fuerzas del universo por darme la oportunidad de toparme con unas personas sobresalientes, de esas que la vida te trae de tarde en tarde y que merecen mucho la pena conocer.

Rezan muchos estudios que, cuando una persona está a punto de morir, experimenta una pequeña película de su vida que pasa por delante a enorme velocidad. Sin duda, confío en que uno o dos fotogramas de lo bonito que ha pasado por la mía, sea de estos encuentros en Roleón.

Ojalá, como a mí, todo esto que hemos vivido os haya servido para amar las letras un poco más, quereros a vosotros mismos y ponerlos el mundo por montera con vuestra imaginación, vuestros sueños, mil metáforas y alguna que otra greguería que os haga sonreír.

Gracias, mil gracias de nuevo a todos los que os habéis embarcado conmigo en esta pequeña locura cual Benito de Soto en su Burla Negra. En esta aventura pirata de las letras. Seguiremos en contacto y recordad esa máxima de una composición de un enorme cantautor andaluz llamado “El Kanka”, que reza...” dejadme por favor que yo prefiera... cuidarme más por dentro que por fuera”.

Pase el tiempo que pase, ya es seguro que todos compartiremos este recuerdo en común y que siempre estaremos, de algún modo unidos, por estas ocho bonitas semanas a lo “Verano azul”. Y quién sabe... igual algún día repetimos cuando alguno de nosotros, distraído al calentar la tostada mañanera, pulsemos sin darnos cuenta el botón del teletransportador.

Hasta siempre y os llevaré siempre conmigo. Que no os quepa duda.

F. Javier Castro Miranda

Y como una especie de “bonus”, aquí os dejo finalmente y a modo de estupenda despedida, la aportación de Antonio que, como fiel “centinela” desde la almena de Roleón, escuchaba atento las clases e intervenía muy acertadamente cual “voz en off” de esos famosos concursos televisivos. Él también, como parte del curso, quería ofrecer su aportación. Un relato que pone un magnífico broche a este “inolvidable” curso de escritura creativa 2023.

“COMUNICACIÓN GUBERNAMENTAL URGENTE. ¿ACEPTAR? SÍ. – El reloj proyecta un holograma en el aire.

Queridos camaradas, en mis 352 años como Neo-Zarina de nuestra amada madre patria, he presenciado muchas cosas. Nuestra nación ha sobrevivido a conflictos armados, crisis humanitarias, revoluciones sangrientas, guerras civiles, e incluso a la propia mortalidad. Y aunque vencer a la parca pudo parecer la solución a todos nuestros problemas, también trajo la peor de nuestras plagas: la infertilidad.

Y es que nuestras <<hiperdespobladas>> ciudades están llenas de decrepitos cuerpos que vagan por lúgubres callejones, desprovistos de sueños y esperanzas. Somos inmortales, sí, pero, ¿a qué precio? ¿Acaso puedes recordar tu infancia? ¿No anhelas el olor de un recién nacido? ¿Es que no perdiste seres queridos que, después de aceptar su destino, decidieron marcharse por su propia voluntad?

La persona más joven dentro de nuestras fronteras tiene más de 400 años: más de una docena de generaciones, ahora resumida en una, la más longeva, la más vivida, la más triste.

La muerte es necesaria. Nuestra amada patria resurgirá de sus cenizas. – La comunicación concluye abruptamente cuando la Neo-Zarina pulsa una botonera.

COMUNICACIÓN GUBERNAMENTAL FINALIZADA. REPRODUCIENDO HIMNO NACIONAL. ATENCIÓN. LA TEMPERATURA AUMENTÓ UN 85%. ATENCIÓN. LA ATMÓSFERA NO ES COMPATIBLE CON LA VIDA HUMANA, ABANDONE INMED...”

